

LA CONSTRUCCION DE LA IDENTIDAD NACIONAL COLOMBIANA: APROXIMACION A LA FORMACION DE LA CONCIENCIA DE PERTENENCIA (UN ESTUDIO EN PSICOLOGIA POLITICA)

MYRIAM OCAMPO PRADO
Doctora en Psicología

El trabajo que les presento hoy tratará de sintetizar algunos de los descubrimientos realizados por la investigación titulada "La construcción de la identidad nacional de los colombianos", que me permitió obtener el título de Doctor en Psicología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, en 1988.

La investigación se interroga sobre el sentido de la relación con Colombia como sociedad cultural y política, establecida por un grupo de estudiantes de la Universidad del Valle.

A través de la articulación de los conceptos de identidad y de sistema político se buscó dar cuenta de cómo la realidad se convierte en un lugar de pertenencia. Así, a través del estudio de mecanismos cognitivos como la representación social, se trató de descubrir el significado de la vivencia de sí mismo (el ego) y de la vivencia del otro (el alter), al interior de los grupos y de las instituciones sociales.

La investigación se centró en el diseño de un modelo de exploración de la identidad; este concepto constituyó la herramienta escogida para aproximarse al estudio del comportamiento colectivo. La pregunta principal fue: ¿Qué significa Co-

lombia para los colombianos? O, más específicamente, ¿qué sentido tienen los comportamientos de los estudiantes en relación con Colombia como Nación?

Freud habla de la fuerza de la influencia colectiva cuando hay homogeneidad. La homogeneidad es integración. Este autor señala igualmente los mecanismos de apego afectivo y de identificación que influyen sobre los individuos para resolver la necesidad de integración. Esta identificación aspira a conformar el propio yo en analogía al otro tomado como modelo. Serge Moscovici amplía el tema de esta manera: "En el origen del vínculo social encontramos identificaciones muy exigentes, que marcan a los individuos de por vida. Estas identificaciones se incorporan al aparato psíquico como la autoridad externa; así el aparato psíquico se divide en un yo individual y un yo social que lo domina". Parece entonces que descubrir lo familiar, reconocerse entre los otros es agradable. Se llega así a la apropiación del modelo, lo cual se convierte en nuestra segunda naturaleza, es decir, nuestra verdadera naturaleza social. Estos postulados psicoanalíticos nos permiten ubicar el objetivo de nuestro tema. Sin embargo, nuestra escogencia de la fuente explicativa apunta hacia el estudio de las creencias, de las representaciones sociales como mecanismo cognitivo que actúa en la elaboración de la relación individuo-sociedad.

Es entonces alrededor de los conceptos de identidad entendida como la representación social de sí mismo y de los grupos de pertenencia, y de sistema político entendido como el sistema legítimo de conservación del orden y de transformación de la sociedad, que se organiza la construcción del sujeto de esta investigación.

El procedimiento metodológico se centra en la adaptación de la técnica denominada "introspección focalizada" propuesta por la psico-socióloga canadiense Marisa Zavalloni. Este método fue desarrollado con base en la idea de que la identidad sólo puede ser definida en relación con la alteridad (al otro). La operacionalización a través de la asociación libre de palabras permite obtener algunos contenidos y significados que el

individuo atribuye "como si" pudiera situarse en el marco del otro.

El análisis de resultados obtenidos a partir de la asociación libre será presentado siguiendo la descripción de las imágenes evocadas para el yo (ego) y el otro (alter) al interior de lo que aquí se ha clasificado como grupos sociales: los colombianos, los hombres, las mujeres, los estudiantes universitarios, los latinoamericanos, los descendientes de indio, los descendientes de negro, los descendientes de español. Y en segundo lugar para lo que aquí se propone como instituciones sociales: el gobierno, el poder, la autoridad, la justicia, los políticos, la democracia, la violencia, la religión, el sistema educativo.

Para introducirnos en la descripción y análisis de resultados recordemos la idea adoptada según la cual el fenómeno de participación y apego al propio país hace parte del estudio multidimensional del fenómeno de la identidad. Los factores históricos, sociales y políticos actúan de manera determinante sobre el comportamiento activo de los participantes en una realidad determinada; en nuestro caso centraremos la discusión sobre el efecto producido por estos factores sobre el imaginario de los individuos. No podríamos decir que agotamos el tema que nos ocupa, sino que logramos describir factores cognitivos y afectivos de los cuales se pueden sacar conclusiones en lo que respecta a la importancia atribuida al país, a su organización cultural y política, así como al nivel en el que se sitúa la adquisición de la conciencia nacional de pertenencia.

LA REPRESENTACION DE LA IDENTIDAD PERSONAL Y COLECTIVA COLOMBIANA

¿Cuál es el contenido de las imágenes evocadas como expresión de la identidad personal y colectiva colombiana?

Comenzaremos con la relación frente a los grupos sociales, la cual es altamente favorable. Este hecho parece resumir la alianza altamente valorizada de todos los rasgos pertenecien-

tes a la identidad sociocultural. Veamos el contenido de estas imágenes:

La sociabilidad, la alegría, la fiesta, son cualidades que definen tanto el yo (ego) como el grupo (alter). La inteligencia, la capacidad de acción, la honestidad, son cualidades que buscan sobrevalorar al colombiano. El escepticismo y el pragmatismo evocan formas de funcionamiento, herramientas para manejar la realidad cotidiana.

Las evaluaciones desfavorables juzgan el ego y el grupo alternativamente censurables, pero no necesariamente desvalorizados. La agresividad, el conformismo, la pereza, la anarquía, aparecen relacionados con el subdesarrollo económico y la dependencia.

El llamado a la anarquía parece más un grito contra las normas que un argumento o una respuesta producto de una reflexión. El regionalismo, la falta de patriotismo, la deshonestidad, los cambios bruscos de temperamento, son defectos comunes al yo y al grupo. La astucia, la viveza, son cualidades cuando se trata de definir al yo pero significan una amenaza cuando califican al grupo. De la misma manera, la fanfarronería, el machismo, la superficialidad y la impotencia son defectos que describen principalmente al grupo, es decir, a la colectividad colombiana. El yo es, por su parte, particularmente agresivo, fanático y mediocre.

Si ponemos estas imágenes en relación veremos que la conservación de sí mismo tiene una importancia capital. Si la sociedad debe subsistir dentro de condiciones de subdesarrollo y dependencia son sólo los rasgos innatos o adquiridos los que permitirán a los colombianos encontrar soluciones a estas condiciones de sobrevivencia. Así, ellos cuentan con su alegría, con el grupo familiar, con su capacidad de ser inteligentes que les ayuda en la escogencia de los medios más "aptos" para vencer la adversidad. Desde este ángulo, el colombiano se dice eficiente para resolver individualmente, y solo, la dificultad.

La colectividad es juzgada "peligrosa" teniendo en cuenta la "inmoralidad" típica del carácter colombiano. Es en este sentido que la palabra "viveza" tiene un significado paradójico: es una cualidad para el yo, pero un defecto cuando califica al grupo. La articulación de estas imágenes nos sugiere una ambivalencia, una especie de dualismo entre identidad colombiana individual e identidad colombiana colectiva. Un mismo aspecto reúne y separa las dos identidades, introduciendo un antagonismo que nosotros describiremos así:

No es seguro que todos quieran pertenecer al mismo conjunto unificado y nacional; no es seguro que todos tengan voluntad de vivir juntos; no es seguro que se pueda tener confianza en los otros. Se puede decir que frente a lo impredecible el colombiano cuenta con la táctica de la astucia, como método que le ayuda a liberarse de las imposiciones sociales. Ella le sirve para autoevaluarse favorablemente, para encontrar los medios que le reafirmen su inteligencia y capacidad. Pero la astucia, que es también una forma de competencia con los otros, alimenta la desconfianza entre los colombianos, la inseguridad. La inestabilidad que afecta la coexistencia de la identidad personal y la identidad colectiva parece exigir imperativamente la búsqueda de un equilibrio que sirva para consolidar una identidad colectiva válida.

La validez está en relación con la apertura a la complicidad colectiva, táctica que puede ayudar a lograr más ampliamente el progreso sin aniquilar la cultura. Una segunda necesidad es llevar a una reflexión profunda en torno a la ética personal, a la moral del comportamiento cotidiano, que tenga en cuenta tanto la responsabilidad consigo mismo como con el grupo.

Esta identidad colectiva válida está entonces aún inacabada, en búsqueda de sí misma, como si acceder en el futuro a un estadio superior de vida hiciera parte de la idea de evolución colectiva por lograr.

Definir el sentido del comportamiento de identificación desempeña un papel únicamente al interior de los grupos sociales.

Estos grupos, en tanto que privilegian el contenido étnico y cultural de la identificación, representan un lugar común del cual los estudiantes "hacen parte". Las nociones étnicas se adoptan: el indio y el negro, de un lado; o se niegan: el español, por el otro.

Los orígenes indio-negro son reconocidos como auténticos mientras que el descender de español parece recalcar la conciencia del estado de sumisión que es, al mismo tiempo rebeldía frente al colonizador. Ser descendiente de indio engendra un particularismo sobre la identidad; rasgos específicos revelan la presencia de la herencia indígena dentro del carácter personal y colectivo (la astucia, el espíritu de trabajo). Pero también descender de indígenas es inconveniente dada la imposibilidad de situarlos entre los dominadores. La dualidad subyacente a las nociones de "poder" y de "vulnerabilidad" incita a separarse de la identidad indígena para reivindicar, más bien, el privilegio de hacer parte de un nuevo grupo étnico: el mestizo (indio-español-negro).

La influencia del origen negro sobre la identidad recalca la especificidad de la herencia africana. La fiesta, el ruido, la alegría, la despreocupación, se enuncian como elementos culturales fundamentales a la identidad colectiva. Pero también la noción de inferioridad aparece como para recordar las secuelas del esclavismo y del servilismo económico que sirvió de base al apuntalamiento del sistema de clases sociales vigente en Colombia.

Dentro del contexto de la pertenencia étnica y latinoamericana, una red de expresiones y significados revelan elementos de la realidad común, tanto afectiva como política, al pueblo y la cultura latinoamericanos.

Los estudiantes se advierten alegres, amables, orgullosos, delincuentes, agresivos y astutos; fanáticos tanto como escépticos; ricos y burgueses tanto como subdesarrollados; trabajadores así como anti-patrióticos. Dentro de esta imagen revestida de antagonismos es posible extraer el contenido político

de la vivencia del subdesarrollo: subdesarrollados, antipatrióticos, ricos, burgueses, explotados, perezosos, superficiales. Un cierto grado de conciencia de las contradicciones propias a la realidad socioeconómica, pone de relieve el antagonismo entre las posibilidades económicas reales de Colombia y Latinoamérica, y el modo de producción dependiente. Sin embargo, se diría que esta dependencia es aceptada ante la falta de medios para hacer frente al subdesarrollo.

Otros contenidos principalmente idiosincrásicos evocan la dialéctica propia a los pueblos latinos y a sus orígenes étnicos: escépticos tanto como fanáticos, alegres pero tristes, amables pero delincuentes y agresivos, orgullosos, deportistas, trabajadores, astutos, intuitivos, son una serie de adjetivos que retratan de manera concreta la personalidad latina. En realidad, son imágenes paradójicas que valorizan la heterogeneidad del carácter nacional y latinoamericano.

Otros adjetivos como regionalistas, desunidos, sospechosos, evocan la preocupación que genera la falta de integración de los países latinoamericanos. Pero el marco de referencia a la identidad latinoamericana muestra ante todo una imagen estereotipada: la extroversión, el romanticismo, la sociabilidad, el orgullo, el espíritu de lucha, de subversión, de tercermundismo, la autenticidad, la ética personal, el apego a las tradiciones. El latino encarna la nueva generación que salvará al mundo, a pesar de su impetuosidad y de sus cambios temperamentales.

En realidad, el sentimiento de ser el producto de un proceso de mezcla de diversas influencias como la religión, el mestizaje racial, el proceso de conquista original, la dominación de comerciantes extranjeros de todas clases, la cohabitación de la tradición y del modernismo, suscitan una imagen del latino revestida de paradojas. Un espíritu de subversión, de renovación, pero sobre todo de salvación, justifica el empleo de medios que resuelvan la marginalidad y la exclusión de la cual se sienten objeto. Estos medios son recurrentemente violentos.

“Descender de español” posee un *status* particular: frases como “no pertenezco”, y “yo soy antiespañol”, hablan de un

desapego de la herencia española como si se reivindicara la exclusión de este componente étnico al interior del proceso de mestizaje racial.

Este hecho nos parece ser el símbolo del rechazo a la conquista y despojo ejercidos sobre los indígenas y negros, la actualización del rechazo al hecho histórico que introdujo la noción de desigualdad, la imposición de una raza sobre otras no sólo a nivel exclusivamente racial sino sobre todo a nivel social. Sin embargo, calificativos como "capaces" o "superiores", asociados a los españoles, parecen evocar una manera de apropiación de la situación histórica tal que el imaginario colectivo la reprodujo: fue en función de una capacidad militar real que los españoles lograron imponerse sobre los indígenas americanos. La idea de la llegada del progreso y del despegue hacia un mundo desarrollado e instruido logró justificar la acción de la Conquista.

De otra parte, los calificativos de "belleza", "libertad", "autonomía", parecen servir de explicación a la otra forma de conquista, la seducción, que ejercieron los conquistadores sobre los indígenas. Pero en realidad, hay una fuerte desidentificación del origen español. Este fenómeno parece recalcar la creencia en el efecto perverso producido sobre los pueblos conquistados: la opresión genera un espíritu de opresión y el espíritu de lucro es la antesala de la delincuencia y de laxitud moral.

A propósito de estas imágenes dos elementos teóricos nos ayudan a ubicarlos más precisamente dentro del contexto que nos ocupa: Inkeless y Levinson (1959) señalan que los modos de personalidad de grupo reflejan el funcionamiento del sistema social global al mismo tiempo que esta personalidad influye sobre el sistema. Igualmente, la participación debida a la pertenencia se hace evidente dependiendo de la posición o *status* más o menos definidos de los individuos dentro del sistema social.

La imagen del estudiante universitario es altamente valorizada. Las nociones de innovación y cambio inspiran el papel

del universitario, puesto que ellos constituyen una fuerza de transformación metodológica, tecnológica y ética de la sociedad. Sin embargo, existe el temor de no ser suficientemente maduros para desempeñar el papel que ellos se asignan. Esta dificultad está en relación con una falta de compromiso con la causa del cambio, con la indolencia y el individualismo que moldean el espíritu competitivo característico de los estudiantes universitarios.

En realidad el llamado a la renovación se basa en la creencia según la cual los ilustrados, los letrados, son los llamados a generar y formar las fuerzas de acción política que lograrán el cambio definitivo de la sociedad. Desde este punto de vista, ellos representan el porvenir. Esta concepción del rol de participante en la educación académica muestra la importancia atribuida a la instrucción como fuente de consecución de un *status* reconocido, de diferenciación social que significa también éxito personal. Es situarse en los niveles superiores de la pirámide social y hacer valer el privilegio de ser parte de la élite que goza del derecho de dirigir y establecer el orden social.

Los estudiantes expresaron de diversas formas el deseo de disponer y de participar de un poder. Es una fuerza que ellos sienten necesaria para validar su presencia en el mundo. Un elemento les provee esta fuerza: es su calidad idiosincrásica, la fuerza que genera la cultura, la etnia, la conciencia social del mestizaje. Este es un elemento que a nivel simbólico constituye la defensa contra "el mundo hostil".

Hacer parte de la cultura mestiza reviste de superioridad el concepto y el sentido de la identidad, la que hará de ellos personas destacadas dentro del concierto de las culturas del mundo.

Sin embargo, toda esa esencia constitutiva se enfrenta a las exigencias de las dimensiones geopolíticas del territorio colombiano y latinoamericano. Otras realidades que no pueden separarse de la cultura, que coexisten con ella con un cierto grado de autonomía histórica, delimitan de manera específica

el escenario donde ella desempeña su papel. Así como decía Max Weber: Resolver el problema político, el problema de gobierno y de la democracia en una sociedad de masas constituyó el telón de fondo que animó el recorrido de este trabajo. Miremos un poco hacia la formación de la representación del sistema político y de sus instituciones.

LA REPRESENTACION DEL SISTEMA POLITICO COLOMBIANO Y DE SUS INSTITUCIONES

Para analizar el segundo aspecto de nuestra búsqueda de la identificación con Colombia, partimos de la idea de que explorar la percepción que la gente tiene del Estado-Nación, permite obtener evidencias de cómo las personas integran en su intelecto la realidad sociopolítica que viven cotidianamente. Por esta razón pusimos a los estudiantes en situación de percibirse "como si hicieran parte" de la realidad del poder dentro de la sociedad.

En esta parte del trabajo se hace evidente la disociación casi sistemática entre el ego (nosotros que hacemos parte) y el grupo (ellos que hacen parte). Es decir, la técnica de la introspección focalizada muestra una eficiencia más evidente en este nivel de análisis: si para los grupos sociales la identidad se reveló fuertemente indiferenciada entre el ego y el grupo, para las instituciones del sistema político esta técnica permite disociar y asociar con un grado de especificidad la identificación o la alienación de estas entidades.

La organización de la noción de "hacer parte" de las instituciones sociales muestra una relación desfavorable a ellas. La polarización es el tipo de relación que se establece con la alteridad (ellos que hacen parte de las instituciones sociales), es decir, oposición, anomia activa, contestación de la validez de los representantes de las instituciones. Desde esta óptica vemos que lo político es descrito en términos que revelan una sensación de estar excluido. Aquí vemos cómo el acceso al poder, a disponer de un poder, se convierte en una noción central.

Dentro de esta vivencia cuando los estudiantes califican el "yo" (nosotros el gobierno, nosotros que hacemos parte del poder, nosotros que hacemos parte de la autoridad, nosotros los políticos) atribuyen calificativos que expresan una sensación de debilidad que conduce a la impotencia.

Cuando se trata de evaluar la alteridad (ellos el gobierno, ellos los políticos, ellos que hacen parte del poder, ellos que hacen parte de la autoridad, ellos la justicia), los calificativos denotan la emergencia de sentimientos de hostilidad, sentimientos reivindicativos de no pertenencia a la alteridad. Se diría que estas actitudes niegan la validez a la alteridad.

Los calificativos tienden a relativizar el valor del papel de gobernante, al cual, sin embargo, se le concede un cierto derecho de regular la sociedad. Pero el gobernante representa principalmente la opresión, el abandono de que hace objeto a los gobernados, la corrupción y la incompetencia. Su imagen está principalmente asociada al autoritarismo, a las argucias, a la negligencia. Es un modelo donde él, si bien pertenece a una élite privilegiada, es dependiente, débil y alienado en su capacidad para ejercer realmente un poder autónomo. Los estudiantes reclaman protección pero también exigencia, es decir, que exista un régimen de gobierno en el cual puedan participar pero hacia el cual experimenten la necesidad y la voluntad de someterse.

Una reflexión sobre formas racionales de acción social busca innovar en las actitudes hacia el modo de gobernar, puesto que es necesario resolver de una vez por todas la culpabilidad cómplice, esa sensación de connivencia que liga al gobernante y al gobernado. Aquí los estudiantes reiteran una estrategia cognitiva que busca reinterpretar las propias características juzgadas censurables con el fin de dotarse de un material válido que legitime la acción sobre la sociedad. Pero no es fácil para los estudiantes representarse la tarea de gobernar en la cual la falta de información, las imágenes estereotipadas y ambivalentes tenderán a generar, más bien, una conducta que elude la asunción de esta tarea.

Los estudiantes describen a los políticos dibujando una imagen negativa, impregnada de estereotipos. El papel tradicional se enfrenta a un deseo de innovación, de búsqueda de la representatividad y de la imparcialidad: se le exige al político cumplir con el pacto de ser mediador y representante del ciudadano, puesto que el rol desvalorizado sólo recalca la eficiencia demostrada por los políticos para satisfacer las demandas de su clientela. Simbólicamente los estudiantes evocan la necesidad de tener acceso a sus derechos, para lo cual requieren la asistencia de los políticos, aquellos que al representarlos les permitirán acceder a participar en las decisiones y beneficios del sistema político.

La participación en el poder, disponer de un poder, tiene relación con la capacidad de conquistarlo. La audacia, la sagacidad, son características útiles para apropiarse del poder. Paradójicamente, el disponer de poder significa ser autoritario, monopolizarlo y aprovecharse de él de manera hegemónica, tal como lo hacen las élites económicas y políticas, aquellas élites que son igualmente anquilosadas. En el fondo el individuo sólo maneja un sentimiento de impotencia, una sensación de encontrarse en estado de incapacidad para convertirse en actor del poder institucional.

Se da una especie de desarticulación de los actores y de las instituciones sociales. El individuo solitario está en búsqueda de formas de negociación para participar de ese poder. De otra parte, los estudiantes no excluyen la consideración de que exista en ellos falta de voluntad y de interés para conquistar el poder de dirigir la sociedad.

La noción de hacer parte de la autoridad, si bien se asocia a la capacidad de respetar a los otros, a la responsabilidad, implica una dificultad: aquella de no poder disociar este rol de la hostilidad, la agresión, la opresión o la violencia que según los estudiantes son atributos de aquellos que ejercen la autoridad.

Las imágenes que despierta "hacer parte de la justicia" quisieran situar al individuo dotado de una fuerza moral nece-

saría al ejercicio de la justicia, pero en realidad la ley es transgredida y desnaturalizada. La dificultad para constatar (tanto el individuo como la sociedad) que existe una entidad jurídica, un procedimiento que garantiza el ejercicio de la justicia, impide el sometimiento a las reglas. Si ni siquiera los problemas particulares de los miembros de la sociedad pueden ser resueltos si la seguridad y la protección no son garantizados, no se puede aspirar a generar la creencia en una entidad y en un lugar común que sea el árbitro que ejerce la justicia.

Un clima de miedo rodea la noción de justicia. Es como si esta institución tuviera dificultades para motivar la voluntad de restaurar su operacionalidad. Se diría que la "legalidad" concedida de hecho a la "justicia individual" es la llamada a garantizar la defensa contra los excesos infligidos a los derechos de cada uno.

Pero, paradójicamente, si la incapacidad y la amargura incitan a adoptar las mismas prácticas injustas y abusivas que generan la anomia reinante, el ideal de la justicia continúa cultivando una fuerza moral interior que pueda enfrentarse al engaño circulante. Es también la esperanza de una madurez futura que permitirá la existencia de la justicia, pues en el presente es la fuerza la modalidad obligada de contacto con la realidad. Esta modalidad obligada explicita la relación estrecha que según los estudiantes existe entre la justicia y la violencia.

Hacer parte de un modelo de sociedad opresiva despierta el deseo de crear la sociedad reivindicativa, para la defensa y la autoafirmación, como si para garantizar la justicia fuera necesario emplear medios violentos.

Esta relación con la violencia destaca su eficiencia como método y como determinante del comportamiento social, al mismo tiempo que pone de relieve la agravación de la crisis en el mantenimiento del vínculo colectivo. Es esta vivencia de la violencia la que al fin de cuentas desempeña el papel de obstáculo en el proceso de consolidación del conjunto nacional.

En este sentido es válido citar a S. Moscovici: "Frente a la desagregación colectiva el individuo se repliega sobre sí mismo, pues cree que sólo este amor le permitirá sobrevivir".

La importancia de la violencia para los estudiantes puede expresar una disidencia o una ruptura de la identidad con sus conciudadanos, lo cual lo transforma en extranjero frente a su propio grupo.

La imagen de "participante en la violencia" despierta la idea de la estrategia, la defensa y la salvación de sí mismo y de la sociedad. Los individuos, víctimas de la violencia, censuran la sociedad que los somete a sufrir situaciones de descontrol colectivo, pero el individuo impotente y resentido es al mismo tiempo connivente en el ejercicio de la violencia. Diríamos que los estudiantes parecen ligarse simbólicamente a la violencia, como se liga el individuo a una obligación o a una norma que pretende oponerse a que el individuo sea tratado como un ser anónimo.

Los individuos piden, a través de la violencia, la inserción en la sociedad que los liberará del miedo y de la soledad frente al medio ambiente inquietante, pues la inseguridad resultante de la separación de los otros es una inseguridad socialmente vivida.

El irrespeto a los derechos individuales y colectivos incita a rebelarse interiormente, contra la arbitrariedad, a buscar formas de negociación entre el orden y el desorden; es una búsqueda que se convierte en necesidad socialmente compartida. La violencia se convierte en mediador, en mecanismo que ayuda a dar forma a la responsabilidad frente a la sociedad.

¿Hasta dónde se podría pensar que el individuo que da su consentimiento a la violencia y participa en ella parece querer realizar el ideal del heroísmo? Es como si los comportamientos heroicos adquirieran el carácter de inexorables, el sentido de un "sacrificio" que conducirá sin embargo a la certeza de llevar una existencia meritoria. Pero la violencia vivida toma también

el sentido de un "delirio colectivo" que no es reconocido como tal. La situación es vivida como un castigo impuesto por los otros: aquellos de quien es mejor separarse para poder llevar a cabo la vida independiente. Es mejor no correr el riesgo de asistir a una interacción entre la vida y la muerte que puede revestirse contra sí mismo.

Es un rechazo a la amalgama que quiere hacer del individuo un componente tanto como un responsable de la situación violenta. Pero, paradójicamente, esa amalgama es justificada y corresponde a la realidad puesto que es necesario luchar para poder sobrevivir.

Nos encontramos así frente a la evidencia de que existe una oposición que podríamos llamar "anomia activa". Es la esperanza inquebrantable de poder al fin encontrar los medios para participar en la organización y regulación de la realidad. La viabilidad de la acción, la impotencia de lograr una nueva organización colectiva, proviene de las capacidades intrínsecas del carácter social. Los estudiantes se consideran dotados de cualidades para hacer frente y participar en un sistema de gobierno que tenga su propio y novedoso dinamismo.

La prosperidad sería entonces acceder a crear una legitimidad normativa, una democracia funcional en la cual el consenso ratifique los términos colectivos del proyecto de gobierno. Los estudiantes se califican, en este sentido, como demócratas, comunitarios, flexibles, tolerantes.

Pero construir una democracia exige romper con otra serie de imágenes que hacen referencia a una sensación de impotencia, de debilidad, de incompetencia. Estas imágenes parecen constituir focos de resistencia para cambiar la estructura de poder ancestralmente inscrita en el imaginario de los colombianos, como si crear un orden nuevo reactualizara la angustia colectiva que produce la impotencia para asumir el destino colectivo, como si los colombianos se encontraran impedidos ante la dificultad de definir qué significa tener y disponer de poder, tener derechos y obligaciones.

Al interior de nuestra problemática vemos que las nociones de poder y de posición social aparecen inventariadas dentro del contexto de una sensación de dependencia respecto a las condiciones externas (a la acción de la clase política). Son estas condiciones las que impedirán a los estudiantes buscar satisfacción a sus aspiraciones de democracia y de justicia. Pero dentro del mismo contexto otra situación, la de sentirse connivente con esa clase política, con aquellos que hacen parte del sistema político y de sus instituciones, produce un efecto "boomerang". Es decir, esta sensación de complicidad pasiva se vuelve contra sí mismo y contribuye a crear un espíritu de rebeldía. Es como un espíritu de subversión que busca, por sus propios medios, estrategias para restaurar el equilibrio, la legitimidad entre los grupos, entre la sociedad y el individuo.

Es así como se llega a la reconstitución de la violencia de antivalor en valor. Ella se ejerce para oponerse a la transgresión moral. Es así como nos encontramos frente a la paradoja de la violencia. Ella es vivida como violencia sufrida pero también como violencia ejercida. Ella pone de relieve el conflicto determinado por el enfrentamiento a la necesidad de sobrevivir, de hacer valer o recrear un orden social equitativo.

El individuo se siente solo y abandonado a la impotencia del aparato político para desmontar la desarticulación social. Esta incapacidad del aparato político pone la identidad en crisis, pues ella es construida también según los elementos diferenciadores que emanan de la noción política de pertenencia a Colombia. Este aspecto de la identidad, el significado nacional, no logra entonces consolidarse debido, entre otras razones, a una carencia de seguridad objetiva y subjetivamente vivida. Parecería que un vacío en la regulación de la relación entre el ciudadano y la nación sea el origen del enfrentamiento entre sociedad etnocultural y sociedad política colombiana.

Una falta de precisión emana del sistema político y genera que la representación de la identidad nacional sea un terreno movedizo donde el individuo se separa del grupo nacional. En realidad es un vacío subyacente a un deseo de solidez, de ter-

minar con el caos que hace evidente la precariedad de la noción de colectividad establecida por el país político.

Esta precariedad nos remite al contexto social en el cual germina el sentimiento de exclusión, pues el fenómeno de la marginalidad (de todos aquellos que quisieran tener puesto dentro de la toma de decisiones del gobierno, de todos aquellos que quisieran participar de los beneficios del sistema político) muestra que detrás de la aparente sumisión lo que hay en realidad es "dinamita". Es esta capacidad explosiva la que estimula la resistencia como mecanismo, la lucha muchas veces sin ilusión, la lucha por el presente, por la sobrevivencia. Pero esta "dinamita" busca también el orden de la legalidad, de la certeza establecida por una regulación de consenso. Es la contestación que busca cambiar el orden inmóvil que ha sido impuesto como una evidencia jurídica.

Una manera de construir la vida es cultivar los antagonismos, integrarlos en la corriente de la vida: lo anacrónico y lo moderno, el desarrollo y el subdesarrollo, lo tradicional y lo actual, lo sagrado y lo profano, la virtud y el pecado; éstas son características de la simbiosis entre voluntad y necesidad, lo que nosotros hemos calificado como "politeísmo de valores", según el término acuñado por Max Weber. Este politeísmo es dinámico, tiene un equilibrio inestable, cuenta con el futuro apuntalándose en la explosión del presente.

Este politeísmo es también relativización y neutralización de los valores y de los antivalores. Integrar los antagonismos es la concertación de la lucha que significa fuerza de carácter, rebeldía, pero también anomia, con la "virtud". Esta significa ética, legitimidad, pero también violencia.

Como instrumento la lucha funda la ética de la contestación frente al orden institucional caduco, consumido en sus propias prácticas juzgadas ilegítimas. Si la lucha busca restablecer el orden, este hecho es la restauración de la ley, juzgada universal, que ha sido violada por el sistema en vigor. Si existiera una revolución, ésta sería para asegurar que exista una regu-

lación eficaz. La reprobación y el rechazo de aquellos que rigen y administran el orden es la causa del mecanismo que busca boicotear la autoridad tanto como su poder regulador.

En conclusión, la falta de precisión para interpretar y adoptar la ley hace que el orden y la legislación sean compartidos entre un control establecido de facto desde lo social, y un control que trata de ser impuesto desde lo político. Es decir, que la regulación jurídica se enfrenta a la regulación de la costumbre. Desde esta dualidad se puede decir que estar fuera de la ley no inspira culpabilidad: es más bien una forma de sobrevivencia.

Pensamos que así hemos llegado a una parte nodal dentro de la problemática de la sociedad colombiana: las formas en las cuales se manifiesta el enfrentamiento entre el carácter social y la crisis de legitimación de la ley.